

pescudaba la comadre cuyo es el niño, y tú mesma entre los ayes del parto con una voz de manteca decías: ¡Ay! de Gomor, su nombre quiero que tenga, Gomor quiero que se llame, Gomor le nombra su abuela; y el rapaz que te imitaba, la boquilla medio abierta, en vez de decir, *gua, gua,* decía, *go, go, denme teta.* Esto sé ha de ser verdad; la mano y el alma venga, que pues ya de mí pariste, no casarte es desvergüenza.

LISIS. Anda, vete en horamala.

GOMOR. Para ti será mi hacienda, para ti mi pegujar, para ti mi buey y ovejas, para ti el alma y la vida, y para ti mi borrega y estos brazos gomorriles. (*Abrázala.*)

LISIS. ¡Ay, Dios! aquí de la siega, que hurtan ladrones el trigo.

GOMOR. No des boces.

LISIS. Que se llevan las gallinas,

GOMOR. ¡Oh, bellaca! bien sabéis guardar las vuestas. (*Salen los pastores con bieldos y horcas.*)

JABEL. ¡Mueran los ladrones todos!

GOMOR. Por mi, Jabel, mas que mueran.

HERBEL. Todo este bieldo le encajo. ¿Qué es del ladrón que os altera?

LISIS. No hay nadie; que me burlaba.

GOMOR. Mamáronla.

ZEFARA. ¡Buena flemal!

LISIS. Por despertaros lo hice.

ESCENA XVIII

DICHOS Y ASAEL.

ASAEL. Segadores, buenas nuevas. Hoy no habéis de trabajar, que es día de boda y fiesta.

GOMOR. ¿Cómo?

ASAEL. Nuesto amo se casa.

LISIS. ¿Con quién?

ASAEL. Con la espigadera.

GOMOR. ¡Miren si lo dije yo!

HERBEL. ¿Tan presto?

ASAEL. Amor todo es priesa. Vestida de labradora, porque luzca su belleza, como el sol entre las nubes, flores vierte y rosas siembra. Toda Belén la acompaña, y de casa de su suegra, Bohoz la lleva a la suya,

para que á la noche sean las bodas.

LISIS. Que buena pró les haga.

GOMOR. Que los dos vean tataranietos y choznos que en cuatro mundos no quepan.

ASAEL. Todos han salido acá; y con músicas y fiestas, en competencia bailando, los segadores se alegran.

LISIS. ¿Pues qué aguardamos nosotros? Aquí traigo castañetas como el puño.

GOMOR. Y yo pulgares que las arrojan más tiesas. Mas, pues nuesto amo se casa, ¿no haremos nosotros sendas matrimoñaduras?

LISIS. Digo que soy tuya.

GOMOR. Alto, pues, vengan los dos puños.

LISIS. Uno basta.

GOMOR. No basta. Testigos sean que me he casado á dos manos cuantos están en las eras.

ESCENA XIX

Sale toda la compañía de labradores, y de las manos Bohoz y Rut; sale Nohemí; cantan y bailan los pastores.

(*Cantan.*) «Esta sí que se lleva la gala, de las que espigaderas son: esta sí que se lleva la gala, que las otras que espigan non. Viertan todos trigo sobre la cabeza digna de coronas.

TODOS. De la espigadera.

UNO. Echen bendiciones que del cielo vengan y á montones caigan.

TODOS. En la espigadera.

UNO. Alaben los cielos, celebre la tierra, coronen los campos.

TODOS. A la espigadera.

UNO. Que ella es la primera gloria del amor.

TODOS. Y esta sí que se lleva la gala, que las otras esposas non.

BOHOZ. De Rut y Bohoz nació Obed, y por línea recta de Obed, Jesé, que fué padre de David, rey y profeta, de quien, decendiendo Cristo, hace la memoria eterna de Rut, que esta historia llama *la Mejor Espigadera.*

(*Descúbrese un árbol, y en él la descendencia de David, desde Jesé hasta Bohoz.*)

COMEDIA FAMOSA

LA ELECCIÓN POR LA VIRTUD

PERSONAS DELLA

SIXTO.
PERETO, *viejo.*
CAMILA.
SABINA.
CÉSARO.
DECIO, *criado.*
MARCO ANTONIO.
POMPEYO.
FABIO, *criado.*
CHAMOSO y otros pastores.

RODOLFO, *caballero.*
ASCANIO.
MARCELO.
JULIO, *criado.*
CRENUDO.
ALEXANDRO.
COLONA.
DOS FRAILES FRANCISCOS.
MÚSICOS.

JORNADA PRIMERA

ESCENA PRIMERA

Sale Sixto de labrador pobremente vestido; saca á su padre muy viejo, vestido de labrador, con un gabán viejo, y sácale casi en brazos, con báculo grosero: llámase PERETO, el viejo.

SIXTO. Ya es, padre, hora de almorzar. Aquí hace buen sol. Sabina, saca un banco en que sentar nuestro padre.

PERETO. ¡Peregrina virtud! ¡piedad singular! Hijo, aunque viejo y cansado, no tanto que si arrimado á un palo los pies provoco, no pueda andar poco á poco. Soy ya viejo, estoy pesado; ya de mis carnes molestas la carga grave contemplo. Suelta, si ya no me aprestas

SIXTO. Quien os lleva, padre, en el alma que aprueba esta obligación debida á quien el ser que me anima me dió, que sois, padre, vos, es razón que os lleve encima; que el padre, después de Dios, la joya es de más estima. Y si el padre es el segundo después de Dios en el mundo, no es bien que os parezca nuevo si en el hombro, padre, os llevo; que en buena razón me fundo, aunque os espanto y asombro; pues, según naturaleza, he de llevar cuando os nombro, padre, á Dios en la cabeza, y luego al padre en el hombro, que es el segundo lugar

¹ Figuran además en la comedia los siguientes: EL PAPA SAN PÍO V, ABOSTRA, ENRIQUE FABRIANO, JULIANO, RICARDO, EL ENBAJADOR DE ESPAÑA, FABRICIO, ROMA, ESTUDIANTES, PASTORES.

donde se puede asentar la piedad en que me fundo, pues sois, en fin, el segundo que he de obedecer y amar.

PERETO. Ya sé que has de vencer, hijo, en razones; mas eso conmigo no ha de valer, que no es para tanto peso tu cuello, ni ha de traer cosa que le canse.

SIXTO. ¿Cómo? Eso por agravio tomo. ¿Causa al noble cuello pena el oro que en la cadena tiene por liviano el plomo? ¿Cansa el honroso blasón con que el ilustre alemán adorna con el tusón el pecho, cuando le dan las insignias de Jasón? ¿No honra el francés decoro con el San Miguel de oro? ¿Qué: con la cruz de San Juan al español no le dan, con la encomienda un tesoro? Y quedando satisfechos, ganan horras y provechos, sin que el peso les oprima, y llevan cruces encima de los cuellos y los pechos. Pues si en sus mayores fiestas son sus insignias aquestas, ¿parecieran mejor ellos con sus cruces á los cuellos que yo con mi padre á cuestas?

PERETO. Como en mi casa pajiza descubierta á la inclemencia del cielo, cuando graniza, su soberana influencia el invierno fertiliza, con que, entre el toscó sayal, eres vela al natural, que en la linterna encubierta á su luz abre la puerta por viriles de cristal, mil cosas me pronosticas. Quieran los cielos que cobres, hijo, lo que significas, y que estas montañas pobres tu dicha las vuelva ricas. Mas si harán, que ya han mirado el amor que me has cobrado; y honra siempre su clemencia la paternal obediencia.

ESCENA II

Sacan CAMILA y SABINA, de labradoras, una mesilla con manteles, jarro y vaso y pan y un torrezno, y un banco y una silla de costillas.

SABINA. Ea, padre, ya está asado un torrezno de pernil,

1 En el original «al sajón», lo cual no hace sentido. En la reimpresión de Ortega «al Jasón», que no resulta más claro.

verdugo del hambre vil, para que la vuesa impida.

PERETO. ¡Ay, mi sobrina querida! Mi vejez ve en ti su Abril.

CAMILA. Entre esas dos rebanadas viene que alienta su olor.

SABINA. Comeldas, que están pringadas, porque desde el asador en las diversas jornadas que al plato la lonja hacia, que las cumpliesen decia las lágrimas que lloraba; y cada vez que llegaba, y enjugárselas quería, como en toalla de lino descansaban sus enojos, y lloraban, imagino, los dos, dando el pan los ojos, las lágrimas el tocino.

PERETO. ¡Qué gracial Camila amada, parte.

SABINA. Comé si os agrada, aunque está salado á fe.

PERETO. Por muy salado que esté, hija, estáis vos más salada. Félix, siéntate aquí. Ea, ¿no os sentáis las dos?

SIXTO. (De rodillas.) Padre, ya sabéis de mí, que siempre que coméis vos, gusto yo de estar así.

PERETO. Ahora quiero que me des este gusto.

SIXTO. Si lo es vuestro, alto, enhorabuena. (Siéntanse todos.)

PERETO. Almorzad, que hasta la cena no habéis de comer los tres.

CAMILA. ¿Qué os dice, padre, la lonja?

PERETO. Que si mirara de espacio la ambición y la lisonja del adulador palacio que al rico sirve de esponja, el que es de tu gusto esclavo estimara más que el pavo, el francolin y el faisán, pobre mesa y negro pan, añejo jamón, y al cabo dos cascós de una cebolla; que en la labradora mesa siempre que anda el hambre en folla son, en vez de la camuesa, mondadientes de la olla. Porque aquí, todos sentados, no hay menos ni más honrados: todos comemos al fin, sin que nos esté el rñin contándonos los bocados, como en el palacio están.

CAMILA. Echáos esta vez de vino, que cuidados, pena os dan.

PERETO. Si, que sin él, el tocino es cura sin sacristán. ¿Y iréis hoy á Termo? (A Sixto.)

SIXTO. Suelo ir.

PERETO. Ya que es tarde recelo.

SABINA. Dad gracias, padre.

PERETO. ¡Pues no! Quien aquí nos sustentó nos bendiga allá en el cielo.

TODOS. Amén. (Alzan la mesa y levántanse.)

PERETO. ¿Quién ha de ir contigo?

SIXTO. Siempre va Sabina. (Éntrase Sixto.)

PERETO. Vaya, que tú quedarás conmigo. (A Camila.)

SABINA. Sí, siempre ha de ser la maya, Camila.

CAMILA. También lo digo; mas yo sé que no te pesa, en levantando la mesa, de ir allá cada mañana; porque con cuerpos de grana y patena rabitiosa te vean los escolares: ¿para qué muestras pesares? Hago bien, ¿qué quieres tú?

SABINA. ¿Y qué llevas?

SABINA. Alajú, turrón de almendra; dos pares de cantarillas de arroyo, transparente como el ascua, donde el hombre el pan ensope; castañas, fruta de Pascua, que cuando el hambre las tope de la gente escolaniega, yo apostaré que se pega á comprallas como moscas; y aun miel, nueces y roscas llevamos; y apenas llega al mercado la borrica, cuando como tordos vienen escolares, á quien pica el hambre, que se entretienen, como alguna es gente rica, en comprarme en un instante cuanto les pongo delante, y nos dan aquestos riscos. Ello más de dos pelliscos: me paso, aunque un estudiante harto garrido me aguarda, que, mientras vende la leña mi hermano, que á veces tarda, me defiende y aun me enseña voluntad.

PERETO. De ellos te guarda; que es mala gente.

SABINA. ¡Si soy muy boba yo cuando voy! Si llega al brazo desnudo, con el palo le saludo y le digo: «¿haste de ir hoy?» Tienme miedo.

SIXTO. (Sale.) Aparejadas están las jumentas; ea, vamos.

CAMILA. ¿Están ya cargadas?

SIXTO. Si, hermana.

CAMILA. Cosa que sea que las calzas coloradas se os olviden, como ayer, y no las traigáis.

SIXTO. Por ver la gracia con que te enojas no las traje.

CAMILA. Excusas frojas son esas; nó han de valer.

SIXTO. Ea, las alforjas pon. Echadme la bendición como soléis, padre mío.

PERETO. ¡Ay, hijo! del cielo fio que ha de darte el galardón que tu obediencia merece. La bendición que á Esaú Jacob hurtó, y pides tú, mi amor, Félix, te la ofrece. Ruego al cielo que, pues él mudó el nombre en Israel, lo mudes tú, aunque es locura, en papa. (Bendícele y levántanse.)

SABINA. Barbero ó cura tomara yo que fuera él.

SIXTO. Ea, vamos.

CAMILA. (A Sixto.) ¡Buena cholla tiene el viejo, cuando escapa del torrezno ó de la olla!

SIXTO. Pues qué ¿no puedo ser papa?

SABINA. ¿Quién, tú?

SIXTO. Yo.

SABINA. ¡Papateolla!

SIXTO. (Asu padre.) Al sol os dejo. La mano me dad, y adiós. (Besa la mano.)

PERETO. El te guarde. Mira que vuelvas temprano.

SIXTO. No hay volver hasta la tarde.

CAMILA. Lascalzas de grana, hermano. (Vanse.)

PERETO. Hija, mi bien pronostico, pues que de Félix espero las venturas que publico.

CAMILA. Disputa con el barbero: es dimuño. Cuando chico llevaba el calendario al cura, y el incensario, y él mismo le dijo un día que si estudiaba sería sacristán é boticario.

ESCENA III

PERETO, CAMILA y CHAMOSO, pastor.

CHAMOSO. Pereto, Dios os mantenga.

PERETO. ¡Oh, Chamoso! ¿por acá?

CHAMOSO. ¿Do está Félix? porque venga conmigo; quizá será rey, que no hay quien convenga los zagales de Montalto.

PERETO. ¿Cómo?

CHAMOSO. Todos pican alto quitando y poniendo leyes. Como es la Pascua de Reyes, cada cual, de seso falto, quiere esta Navidad ser rey.

PERETO. Ya sé la costumbre que aquí se suele tener cada año.

CHAMOSO. Esta pesadumbre no la puede deshacer, sino vuestro hijo, Pereto, que es muy meolludo y discreto.

PERETO. A Fermo á venderme va
leña; mas vamos, que allá
apaciguallos prometo.
CAMILA. ¿Do vais, padre? Dejaos de eso.
PERETO. Camila, mi amor travieso
hace moza mi vejez,
y si veo rey esta vez
á Félix, saldré de seso. (Vanse.)

ESCENA IV

Sale CÉSARO de estudiante, y DECIO, su criado, de galán.

DECIO. ¿Sólo un mes de ausencia puede
hacerte que á Laura olvides?
CÉSARO. ¿Al viento firmeza pides?
DECIO. ¿Viento, amor?
CÉSARO. Sí, y aun le excede.
DECIO. Diversas definiciones
he visto tuyas, señor.
Unos le llaman furor,
y á sus efectos, pasiones;
otros dicen que es locura
ó accidente que maltrata;
otros calidad innata
que al hombre inclinar procura
que ame de cierta edad
á quien tiene inclinación;
quien tal llama imperfección,
quien locura y liviandad.
El médico dice que es
cierto humor ó destemplanza
de la sangre; semejanza,
el filósofo; interés,
la dama; y el desvario
del astrólogo adivina
que es fuerza de astros que inclina
á amar al libre albedrío.
Fuego le llamaron ciento,
pues que abrasa al que enamora,
y agua le llama el que ignora:
mas nadie le llama viento.
CÉSARO. Pues nadie, Decio, le da
el nombre que le conviene.
Quien amor tiene, no tiene
sino viento.
DECIO. Bien está.
CÉSARO. Y así aguarda: quien ama
y al yugo de amor suspira,
¿no es porque primero mira
la belleza de su dama?
DECIO. Es verdad. De lo exterior
comienza amor su conquista:
¿qué infieres?
CÉSARO. Verás tu error.
En fin, que cualquier amor
tiene principio en la vista,
y el objeto que se ve
es lo amado.
DECIO. Vé al efeto.
CÉSARO. Sí haré. Si la dama es el objeto,
para que en la vista esté
de quien la ha de amar, no envía
sujeto suficiente copia,

sujeto sí, que ella propia¹
mal en los ojos cabría.
Fuera de que es circunstancia,
como muestra la experiencia,
que entre el objeto y potencia
haya debida distancia.
DECIO. Vengamos al fundamento.
CÉSARO. Las especies que á los ojos
representan los despojos
de la dama ¿no son viento?—
Sí, que para verte á ti,
desde el lugar donde estás,
especies al viento das
las cuales llegan á mí
y me enseñan tu retrato.
DECIO. Todo [lo] concedo.
CÉSARO. Pues,
claro está que lo que ves
es el viento, mentecato.
Luego si ama el pensamiento
la hermosura que miré,
y ésta sólo viento fué,
el amor no es más que viento.
DECIO. Bien tu opinión has probado.
Conforme á aqueo, señor,
nadie tendrá más amor
que un cuero cuando está hinchado,
porque es todo viento.
CÉSARO. Quiero
dejarte para importuno.
DECIO. Ahora sé que es todo uno
viento, amor, amante y cuero.
¿Pobre de Laura, qué en vano
llora, César, por tí!
CÉSARO. Decio, desde que salí
de nuestra patria, Fabriano,
y vine á Fermo á estudiar,
de Laura olvidé el amor.
¿Débole más que el favor
que una dama suele dar
á quien comienza á servilla;
una ventana, un semblante
risueño, una mano, un guante,
y cuando mucho, una silla
en su casa?
DECIO. ¡Aqueo es bueno!
¿Pues amor que había llegado,
señor, á verse ensillado
sabe tan poco de freno?
Es imposible.
CÉSARO. Yo sé
que el príncipe de Fabriano,
mi padre, y Julio, mi hermano,
tienen de holgarse en que esté
tan libre que á Laura olvide,
porque lo llevaban mal.
DECIO. Laura es mujer principal.
CÉSARO. Más prendas mi sangre pide;
que, aunque soy hijo menor,
en Italia ni en Sicilia
no hay más ilustre familia
que la Ursina.

¹ Estos dos versos, defectuosos, están así en la edición de Ortega.
sujeto bastante copia.
sujeto sí, que ella propia.

DECIO. Es la mejor;
mas no mirabas en eso
habrá un mes cuando adorabas
á Laura y palabra dabas
de ser su esposo.
CÉSARO. El exceso
de amor disparates fragua
como esos: ¿qué no dirá
Decio, el que hidrópico está
por echarse un golpe de agua?
De Laura no hay calentura,
y ya la sed acabó.
DECIO. La causa bien la sé yo.
CÉSARO. Dirás alguna locura.
DECIO. Diré que la villaneja
que cada día al mercado
viene, ese clavo ha sacado.
CÉSARO. Necio, disparates deja.
DECIO. Niégamelo, por tu vida,
que estoy yo ciego, señor.
Yo sé que en tu pecho, amor,
juega á «salga la parida,»
y que á Laura ha rempujado.
CÉSARO. ¿Por qué?
DECIO. Porque te desvelas
mucho, y más que las escuelas
cursas la plaza y mercado
de Fermo. Si las más veces
vienes, y en viéndola aquí
sin más criados que á mí,
con ser quien eres, te ofreces
hablar con ella, de modo
que das nota á quien te ve;
y si quieres que te dé
razón que lo diga todo,
¿por qué me mandas comprar
cuanto aquí trae á vender?
¿para qué puedes querer
lino tú, pues no has de hilar?
¿No me hiciste el otro día
que me ensuciase la ropa
con una carga de estopa
que trujo?
CÉSARO. Harás que me ría.
DECIO. ¿De qué sirven tus cautelas?
¿qué puede significar
hacerme así ayer comprar
una espuerta de pajuellas
que trujo? Dos aposentos
tengo llenos de despojos,
semejantes, de manojos
de cebollas, de pimientos,
de tomillo, de romero,
de espliego...
CÉSARO. No digas más.
DECIO. ¿Tú espliego?, ¡y me negarás
que es amor! ¿eres barbero?
CÉSARO. Decio, la mayor venganza
que Laura tendrá de mí,
es que una villana así
me obligue á hacer tal mudanza.
Confíesote que la adoro.
DECIO. Fáciles muros contrastas.
CÉSARO. Ni perlas en conchas bastas,
ni en sayal guarnición de oro,
ni el sol que por la mañana
por nubes tienda el cabello,

sale más bizarro y bello
que la graciosa villana
entre el grosero vestido,
donde la naturaleza,
sin el arte, á su belleza
su poder todo ha rendido.
Si vieres la sal que tiene
cuando habla, aunque el lenguaje
corresponde con el traje;
si el donaire con que viene
á vender vieras despacio,
yo sé que me disculparas
y su aldea ventajaras
á la corte y el palacio.
Ocho días ha que salgo
á vella, y después de vella
quedo más muerto por ella.
DECIO. Pues di ¿hasla dicho algo?
CÉSARO. Sí, mas diéronla los riscos
su aspereza.
DECIO. Todas son
gatos en camaranchón.
¿Do al diablo gatos ariscos!
CÉSARO. No tanto que no me avisa
tal vez con los ojos bellos
que espere mi amor en ellos
lo que me ofrece su risa.
Y aunque con lengua grosera,
responde de cuando en cuando,
risueño el semblante y blando,
y en el mercado me espera,
porque mis deseos entiende.
DECIO. Mas porque ve el interés
que saca de tí después,
que á precio de oro te vende
sus rústicas mercancías.
CÉSARO. Antes juzgas como necio;
porque sólo el justo precio
toma, sin que mis porfías
la hayan podido obligar
á que un anillo reciba.
DECIO. Una condición esquiva
así suele comenzar.
Ella se ablandará cuando
al interés no resista,
que no hay mejor *tomista*
que la que empieza en *Durando*.
Pero ¿aguardasla hoy?
CÉSARO. Ahora
vamos, que ya habrá venido.
DECIO. ¡Pobre Laura! ¡que ha podido
una grosera pastora
quitarte la posesión,
que el sayal quieres que tome!
Mas ¿qué mucho? si hay quien come
vaca mejor que un capón. (Vanse.)

ESCENA V

Sale SABINA, con alforjas, y SIXTO.

SABINA.

Estas paredes son, hermano, el sitio
donde sueles vestirme. Los jumentos
dejo paciendo en unas verdes mielgas.
Cerca estamos de Fermo; ¿has de mudarte
de escolar, como sueles?

SIXTO.

¿Pues no, hermana?

SABINA.

Saco, pues, el manteo y la sotana.

SIXTO.

El cielo mis intentos favorece.
Cuatro años ha que estudio; y que tu vendas las rústicas alhajas que te compran, mientras estudio yo. La causa de esto, aunque no te la he dicho hasta este punto, es esta; que á tu amor será mal hecho no revelarte cuanto esconde el pecho.

(Saca de las alforjas todo el vestido de estudiante y un vademeco, y vase vistiéndose.)

Un día que, como otros, en la plaza de esta universidad vendía contigo los miserables frutos que la sierra á quien cultiva su aspereza ofrece, se llegó un estudiante, que con otros entre una carga de cabritos tiernos estaban escogiendo los más gordos; y reparando, con notables veras, en las facciones de mi rostro un rato, y advirtiéndome ser el que regía la cátedra sutil de Matemática, me pidió que le diese larga cuenta de mi edad, patria y nombre, en qué mes y en qué día salí al mundo, porque miraba en mi fisonomía pronósticos notables de ventura, correspondiendo con su pensamiento la dicha de mi humilde nacimiento. Reíme, imaginando que eran tretas de estudiantes fisgones, y dejéle; pero de suerte á persuadirme vino á que hablaba de veras, que obligado á escucharle por ver en su persona partes dignas de darle honrado crédito, lo mejor que yo supe satisfice á sus preguntas, advirtiéndole que era de humildes padres, y mi pobre patria las grutas toscas de Castel Montalto; que un miércoles nací, que era á catorce de Diciembre, según solía mi madre, (que Dios haya) decirme, y ser el año en que al mundo salí mil y quinientos y veinte y uno; Félix solamente en el nombre de pila; y infelice en todo lo demás; pues no hay ventura adonde siempre la pobreza dura. Quedó suspenso, y arqueando después las cejas, dando un grande grito: «Félix, dijo, las obras corresponden con el nombre, de modo que tu dicha tres coronas ofrece á tu cabeza; si tomas una, con que serán cuatro. En una religión, estudia y deja el rústico ejercicio, que las letras prometen ensalzar tu nombre y fama. En estrella naciste venturosa: ten cuenta con el miércoles, que es día en que has de ser dichoso, sin que tengas felicidad que en él no te suceda. Tu ingenio fertiliza el cielo pio; sigue las letras y el consejo mío.»

Fuese: ¡qué de suspenso volví á casa! y, cavando en aqueste pensamiento, dispúseme, á pesar de la pobreza, estríbo vil de inclinaciones nobles, á seguir del astrólogo el consejo. Volví á buscallo, y hallé que era ya muerto; pero no desmayé por eso un punto; antes vendiendo mis humildes ropas á los serranos de mi pobre sierra y llegando también algún dinero de lo que iba vendiendo cada día, compré secretamente á un estudiante este vestido, y de tu amor fiado, ha ya cuatro años, con ayuda tuya, cual ves que en estudiante me transformo. Bien es verdad que en nuestro pueblo el cura á leer y escribir me enseñó un tiempo y un poco de gramática, y con ella aprovecho de modo en los estudios que todos me celebran y respetan; mas no porque ninguno hasta este punto sepa quien soy; adonde vivo; adonde me escondo, cuando salgo de sus cursos; porque como me esperas aquí, y luego me vuelvo á mis groseras antiparas, de modo los deslumbro y causo espanto que hay quien piensa que es todo por encanto. Este, Sabina mía, es el suceso de mi historia.

SABINA.

Y á fe que es agradable.

(Mete el vestido de labrador en las alforjas.)

SIXTO.

Yo espero en Dios que presto he de pagarte lo mucho que te debo.

SABINA.

Estudia, hermano; que no será pequeña tu ventura si fueres sacristán del pueblo ó cura.

SIXTO.

Dame esos brazos, mi Sabina cara.

SABINA.

¡Qué bien te está el vestido! Ser mereces calóndrigo, y pardiez que lo pareces.

SIXTO.

Ves á vender la leña.

SABINA.

No repares en eso. Adiós, que vienen escolares. (Vase.)

ESCENA VI

SIXTO.

Si Cleantes de noche agua sacaba para vender, por estudiar de día, y en la atahona donde el pan molía nombre á sus letras y virtudes daba; si Plauto, por ser sabio mendigaba, y á un pastelero misero servía; si Euménides en güesos escribía á falta de papel que no alcanzaba;

si ha habido quien en el Imperio altivo por el cetro trocando el agujijada á célebres historias dió motivo; si á Pedro pescador Roma agradaba, no será mucho, aunque pobre vivo, por letras venga á ser...

Voz. (Dentro.)

(O papa, ó nada.)

SIXTO.

Precedióme á la razón una voz cuyo sentido me ha dejado suspendido; y si pronósticos son señal de algún bien futuro muchas veces para un hombre, y siendo Félix mi nombre, serlo en las obras procuro, ya he visto pronosticada mi felicidad aquí: el cielo dijo por mí que he de ser ó papa ó nada.

ESCENA VII

Sale MARCO ANTONIO y POMPEYO, de camino.

M. ANT. (Desde dentro.) O papa ó nada pretenda ser el cardenal Colona, pues tan digna es su persona de la tiara.

POMPEYO. No entienda Roma que de su elección poca gloria ha de tener; mas temo que le ha de hacer notable contradicción, entre otros, el cardenal Carrafa.

M. ANT. El senado grave del conclave, primo, sabe que no hay sujeto papal más digno de la elección que mi tío.

POMPEYO. Quiera el cielo asegurarme el recelo con que estoy.

SIXTO. (Ap.) Estos dos son Colonas. La Vicaría de Cristo debe estar vaca.

M. ANT. Si el conclave no le saca ahora en vano porfia mi tío.

SIXTO. Informarme quiero de lo que es.

ESCENA VIII

Dichos, y sale FABIO, criado de POMPEYO.

FABIO. Ya están aquí los pastores.

POMPEYO. Primo, vení. (Vanse los dos.)

SIXTO. ¿Qué es esto?

FABIO. Paulo Tercero es muerto.

SIXTO. ¡Válgame Dios!

FABIO. Es el cardenal Colona pretendiente.

SIXTO. Su persona lo merecè.

FABIO. Son los dos sobrinos y á Roma van para ver de este suceso el fin.

SIXTO. Las manos os beso. (Vase Fabio.)

ESCENA IX

SIXTO.

Nuevos alientos me dan mis deseos. A buen punto mis palabras atajaron cuando me pronosticaron el bien que he de gozar junto. El astrólogo me dijo que si en religión entraba, tres coronas me guardaba mi dicha. El hábito elijo en San Francisco, después que de doctor graduado pueda tomar otro estado, que este mi deseo es. La ciencia es mi enamorada, por letras he de valer: ¡alto! á escuelas, que he de ser, aunque pobre, papa ó nada. (Vase.)

ESCENA X

Sale SABINA con un jumento cargado de leña y fruta, y un palo en la mano, y CÉSARO, estudiante galán.

SABINA. ¡Jo, parda!; verá el dimuño cual va: ¡jó, burro! ¡Qué aguda! porque el hijo deja en casa quiere volverse. ¡Jo, burro!

CÉSARO. Serrana bella, escuchadme, hablad siquiera.

SABINA. So muda.

CÉSARO. ¿Muda ó mudable?

SABINA. Eso no.

CÉSARO. ¿Pues nunca os mudaréis?

SABINA. Nunca.

CÉSARO. ¿Luego nunca imagináis quererme?

SABINA. Quiérale Judas.

CÉSARO. ¡Ay, quién os diera un abrazo aquí!

SABINA. ¡Arre, que se burla!

CÉSARO. Escuchad, serrana bella.

SABINA. Juegue limpio, que soy limpia ¹, y tenga quedas las manos que sé poquito de burlas.

(Dale con el palo.)

CÉSARO. Todo esto es amor

SABINA. Amor quiere que se le sacuda.

¹ Así en el original y en la reimpresión de Ortega; pero el asonante pide una palabra como «rudas», «duras» ó otra semejante.